

en que se encontraron griegos y alemanes, franceses y normandos; y por consiguiente, culpa suya también principalmente el desgraciado fin de la peregrinación, tanto en el Asia Menor, como en la Siria. Al lado de esta causa sobresale con siniestra evidencia un segundo punto de vista; á saber, que los habitantes de los Estados cruzados estaban corroidos por grande inmoralidad, la cual comenzó á influir en la suerte de su existencia social. El asesinato, el adulterio y la traición con sus consecuencias los dividían entre sí al mismo tiempo. No es esto de admirar: los caballeros occidentales que pelearon en Siria desde los tiempos de Godofredo de Bullon, se encontraron desde un principio en una situación que comprometía su moralidad. Al principio, estaban animados de sublimes sentimientos por la lucha en defensa del Salvador; pero pasado el tiempo de la exaltación, esta cedió su puesto á la ruda y tosca humanidad, como era natural. Además, aquellos caballeros lucharon por espacio de muchos años por su existencia en medio de amargas privaciones, y expuestos un día á morir de hambre, se vieron al siguiente dueños de tesoros propios de príncipes. Además y sobre todo, estaban en constante contacto con los infieles, con los enemigos de Jesucristo, contra los cuales todo parecía estar permitido, cualquiera maldad, cualquiera violencia, el engaño, la traición y el asesinato. ¿Cómo era posible que al fin no vinieran á entregarse sin reflexionar á todos los placeres y á cometer á sangre fría las más viles acciones? Pero aunque debemos reconocer paladinamente la corrupción que había llegado á ser ya casi general entre los cristianos de Siria, no fué sin embargo moral, sino política su causa principal. También Balduino I y Balduino II fueron hombres codiciosos, intrigantes, y algunas veces desleales, y no lo fueron menos Boemundo, Tancredo y el mismo Godofredo en determinados momentos. Ellos, sin embargo, hicieron grandes cosas, porque se habían propuesto grandes fines y se mantuvieron elevados sobre las miserias que conducen á la inacción y la inmoralidad. Por el contrario, entre sus sucesores de la época de la segunda cruzada se había extinguido en su mayor parte aquel espíritu de nobles aspiraciones y de elevadas miras: solo en algunas ocasiones se inflamaba aun un poco en Raimundo de Antioquia; pero Melisenda y su hijo Balduino se arrastraban en el mezquino círculo de la afición á los placeres sin idea alguna. Imitáronlos luego los demás nobles, y esto formó el terreno pantanoso en que la venenosa planta de la inmoralidad más profunda llegó á su mayor desarrollo hasta devorar por fin al pueblo y al Estado.

En el Occidente se tenía un oscuro presentimiento de este estado de cosas, y conforme á él se juzgaban los acontecimientos de la época que acababa de pasar. Como los cristianos sirios habían provocado la cruzada y al fin abusado de ella tan indignamente, se llegó á creer que la habían solicitado con la aviesa intención de enriquecerse á costa de los peregrinos. El papa Eugenio y San Bernardo no solo fueron duramente censurados porque habían recomendado y fomentado la desgraciada empresa, sino que pronto se dijo que habían sido falsos profetas, hijos de Belial y agentes del Anticristo, que habían engañado á los cristianos con vanas palabras, y los habían lanzado hácia Jerusalem con engañosas predicaciones. Los signos y milagros que se habían presentado en los años 1146 y 1147, inducen á dudar quién engañaba; si el que hacía el milagro, ó el objeto del milagro; en todo caso era cierto el engaño; porque los ciegos y paralíticos habían presentado ciertamente apariencias de mejoría en la hora de la exaltación religiosa; pero después recayeron de nuevo en sus padecimientos. Los mismos peregrinos habían tomado la Cruz con muy diferentes intenciones; «*pues unos iban al Oriente movidos de la codicia; otros que habían vivido*

*en su casa en premiosa necesidad, querían pelear indiferentemente contra los enemigos, ó contra los amigos del nombre cristiano, para salir de la pobreza; y algunos huían de sus deudas, de los servicios que estaban obligados á prestar, ó de los castigos que les aguardaban por sus delitos. Pocos se encontraban, que no doblaran sus rodillas ante Baal y á quienes guiara una intención piadosa.*» Por esto alcanzó á todo este gran ejército del Occidente una suerte verdaderamente espantosa, pero consecuencia lógica de sus faltas.

Entre tanto, al lado de este juicio sobre las causas de la inaudita derrota, manifestado principalmente y generalizado entonces en Alemania, prevaleció en Francia la opinión de que la deserción de los griegos de la causa común y su pérfida hostilidad contra los cruzados habían sido la causa principal á que se debió la desgracia sufrida. Confirmáronse los franceses en esta idea, cuando, según veremos, en junio de 1149, el príncipe Raimundo de Antioquia pereció peleando contra Nuredin, mientras al mismo tiempo el emperador Manuel alcanzaba importantes triunfos sobre el rey Roger. Ya en el año 1148 habían querido los griegos resarcirse del ataque de los normandos, que tan funesto había sido para ellos el año anterior, por medio de un golpe vigoroso; pero las atenciones de la guerra en las comarcas del Danubio les impidieron realizar sus propósitos. En la primavera de 1149, sin embargo, se puso el mismo Manuel al frente de sus tropas, reconquistó á Corfú en reñido y heroico combate, y amenazó después el territorio italiano con su escuadra y con su ejército de tierra.

En estas circunstancias concibieron los franceses el deseo de promover una nueva cruzada, que esta vez debía auxiliar á los normandos, castigar severamente á los griegos, y finalmente, preservar á la Tierra Santa de ulteriores desastres. San Bernardo esperaba conseguir al fin el resultado que antes le había sido negado. El rey Luis mostró ardimiento por tomar parte en la empresa y su insigne consejero Suger, abad de San Dionisio, hizo por sí mismo preparativos con celo y energía, persuadido sin duda, de que el prestigio de la corona de Francia había quedado muy perjudicado por el fracaso de la segunda cruzada, y que era preciso realzarlo por medio de una victoria en el Oriente. Se procuró adaptarse, sin embargo, á las condiciones políticas, de que dependía enteramente el éxito de esta peregrinación, haciéndose esfuerzos por reconciliar con los normandos al rey Conrado, el cual, aliado á la sazón con Manuel, preparaba una campaña contra ellos. En su consecuencia, el abad de Claraval escribió al soberano alemán. Pero á la vez se vió cuán desdichadamente poderoso era aun entonces aquel entusiasmo religioso que antes se había hecho extremadamente perjudicial; pues al reunirse en Chartres por Pascua de Resurrección en número de 1,150, entre barones y prelados franceses, con objeto de deliberar sobre la cruzada, eligieron unánimes para dirigirla al mismo San Bernardo. Después de esto, es muy fácil comprender que la empresa encontrara muy poca aceptación en Francia; el papa Eugenio se asustó de las nuevas turbulencias que amenazaban á la cristiandad, y de la locura de hacer general al abad de Claraval (1), y el rey Conrado, en lugar de dar oídos á las palabras amistosas de Bernardo, pensó desde luego en oponerse con todas las fuerzas de su reino á aquellos preparativos que amenazaban á sus amigos, los griegos. La empresa quedó pronto paralizada, y después que murió el abad Suger, el 13 de enero de 1151, nadie habló más en Francia de la irrealizable guerra contra Manuel y Nuredin.

(1) El papa Eugenio hablando de las cualidades que necesitaba un jefe del ejército, se quejaba de la *imbecillitas persone abbatis Bernardi*.

Pero es preciso que volvamos de nuevo á los primeros tiempos de la segunda cruzada. Un considerable número de señores alemanes estaba resuelto á la sazón á convertir al cristianismo ó aniquilar las tribus de los wendos establecidas entre el Elba y el Oder, en el territorio que actualmente comprende el Mecklemburgo y la Pomerania. Eran los principales el joven Enrique el Leon, el duque Conrado de Zähringen, los margraves, Alberto el Oso y Conrado de Meissen, los arzobispos de Brema y de Magdeburgo y una larga serie de condes y obispos. Estos cruzados formaron dos ejércitos, que juntos reunían una fuerza de cien mil hombres. De todos modos, su campaña tampoco estaba basada sobre buenos fundamentos, porque la influencia del cristianismo y de la dominación alemana habían hecho progresos entre los wendos por vías pacíficas durante los últimos años; y por lo tanto, una guerra no podía influir desde luego, sino en sentido perturbador. Apenas tuvo noticia de la cruzada el príncipe wendo abodrito Niklot, cuando, adelantándose á sus enemigos, cayó de improviso sobre la moderna y floreciente ciudad de Lubeck, y la asoló igualmente que á las colonias alemanas del Holstein oriental. No mucho después, en julio de 1147, llegó uno de los ejércitos de peregrinos delante de la gran fortaleza de Dobin, perteneciente á Niklot, situada en el extremo Nordeste del lago de Schwerin, y allí recibió en seguida inesperados é importantes refuerzos de los daneses, de quienes también se había apoderado el entusiasmo por la cruzada. Pero los wendos se defendieron muy bien: los daneses experimentaron tan considerables pérdidas, que regresaron á la patria, y los alemanes llegaron á convencerse pronto de que en esta campaña no hacían más que perjudicar sus propios intereses y comenzaron en su consecuencia á entablar negociaciones de paz, manifestando haber conseguido el objeto de la campaña. En cuanto á los abodritos, mas para cubrir las apariencias que con intención formal, como se deja comprender, prometieron renegar del culto de los dioses falsos.

Una cosa parecida sucedió al segundo ejército, el cual, reforzado por bohemios, moravos y polacos, penetró devastándolo todo en el territorio de los liutizos, atacó la fortaleza de Demmin en la Pomerania occidental y amenazó á Stettin. Pero esta era ya cristiana en lo esencial; tal vez los liutizos prometieron también abandonar la idolatría: ello es que después de algunas semanas se volvieron igualmente estos cruzados á su patria. El único fruto de todas estas luchas se redujo á que las tribus wendas cobraron en todo caso un gran miedo al poderío de sus enemigos, y por esto mismo en parte reconocieron su autoridad superior y en parte aceptaron voluntariamente la fe cristiana.

## CONQUISTA DE LISBOA

En este intermedio se llevó á cabo otra guerra de la Cruz contra los infieles, y fué la única que en aquella época consiguió un triunfo puro y completo. En la primavera de 1147 muchos peregrinos del bajo Rhin, de la Frisia ó ingleses resolvieron ir á Siria por mar. El punto de reunión de las escuadrillas particulares fué el puerto inglés de Dartmouth, desde donde se dieron á la vela 164 barcos con unos 13,000 hombres el día 23 de mayo. En medio de furiosas tempestades llegaron los peregrinos á las costas de España, visitaron parte de ellos los santuarios de Santiago de Compostela, y desembarcaron á mediados de junio en Oporto. El obispo de esta ciudad, comisionado por el rey Alfonso de Portugal, los excitó á que le ayudasen en el sitio de Lisboa, que aun perte-

nece á los mahometanos. La mayor parte de ellos estaba dispuesta á acceder; pero como algunos en particular se opusiesen, y como en aquella abigarrada muchedumbre, compuesta de hombres pertenecientes á varios pueblos, solo con gran trabajo se pudiese tomar una firme resolución, pasaron dos semanas antes que se comprometiesen definitivamente á pelear, con la mira de alcanzar rico botín. Pero este tiempo no fué perdido, porque en el intermedio el rey Alfonso reunió sus tropas delante de Lisboa, y también los peregrinos le siguieron hasta allí por mar. No era fácil empresa el tomar la ciudad, que ocupaba una posición extraordinariamente fuerte, y contaba con 200,000 habitantes. A pesar de esto, los cruzados, aunque solo hacía tres días que habían desembarcado, lograron penetrar en la parte baja de Lisboa y apoderarse de toda ella el 1.º de julio. En el sitio de la ciudadela tuvieron que practicar minas, construir altas torres portátiles, y echar mano de arietes y máquinas de lanzar proyectiles, y durante muchas semanas se enardeció la encarnizada lucha alrededor de las murallas enemigas con varia fortuna. Pero al fin se acababan los viveres de los sitiados; el hambre y las enfermedades comenzaron á hacer estragos en sus filas, y estando muy próximo el momento en que un asalto debía hacer sucumbir indefectiblemente á la fortaleza, no aguardaron á esto los musulmanes, sino que capitularon el 21 de octubre á condición de salir libremente. El prudente rey Alfonso ganó por este medio aquella ciudad, que poco á poco llegó á ser la piedra angular y el núcleo de su reino. Pero los peregrinos adquirieron inestimables riquezas en la plaza conquistada, pues la entraron á saqueo. Permanecieron los cruzados en Portugal hasta el 1.º de febrero del año siguiente, y después se embarcaron para Siria, donde muchos de ellos, sin duda, tomaron parte en la desgraciada expedición de los reyes de Alemania y Francia contra Damasco.



Sepulcro de Godofredo de Magnaville, conde de Essex († 1148); en la iglesia de los templarios de Londres

## CAPITULO VI

HISTORIA DEL REINO DE JERUSALEN DESDE EL AÑO 1149  
Á 1188 (1)

## EL REY BALDUINO III

Apenas habían abandonado á Siria los reyes Conrado y Luis, cuando los musulmanes invadieron por todas partes los territorios de los príncipes cruzados. Muineddin Anar asoló desde la comarca de Hauran el territorio cristiano, y por este medio puso á los hierosolimitanos en la necesidad de entablar negociaciones de paz. Nuredin se dirigió primero contra el principado de Antioquia, tomó por asalto varias fortalezas y amenazó á Apamea; pero fué rechazado por Raimundo, y por esta causa se encaminó hácia el Sur,

(1) Wilken, Historia de las Cruzadas, III, sección 2.ª, etc. Rohricht, Memorias para la Historia de las Cruzadas, I. «Las luchas de Saladino con los cristianos en los años 1187 y 1188.» Documentos de origen árabe para la historia de las Cruzadas, traducidos y publicados por Goergens, con la colaboración de Rohricht, Berlin, 1879. Rohricht ha añadido algunas observaciones histórico-críticas á esta edición del texto.

para atacar mientras tanto á los hierosolimitanos. En efecto, les causó una sangrienta derrota en la comarca de Bosra, pero no pudo alcanzar en dicho punto ningun resultado decisivo, probablemente porque se habian vuelto á unir los hierosolimitanos con los damascenos, con el objeto de oponer una resistencia comun á las superiores fuerzas de los de Alepo como en tiempos anteriores. Pero el infatigable Nuredin sacó por consecuencia que debía emprender de nuevo la guerra en la Siria del Norte, regresó sin demora al Orontes y sitió la fortaleza de Anab. En seguida Raimundo reunió á toda prisa algunas tropas y con ellas salió al encuentro del enemigo que tenia fuerzas superiores, sin aguardar á hacer un llamamiento á todas sus gentes, quizá con premeditado orgullo, porque, despues de los acontecimientos de los últimos años, apenas podía esperar otra cosa mas que una honrosa muerte. Su pequeño ejército fué cercado y derrotado por los seldyucidas el 29 de junio de 1149 y él quedó muerto en el campo de batalla. Nuredin aprovechó con vigor esta victoria, atravesó todo el territorio antioqueno y se bañó en presencia de sus tropas en el mar Mediterráneo, como queriendo indicarles hasta donde deseaba extender sus conquistas. La ciudad de Antioquia se salvó esta vez por las medidas que adoptó el patriarca Aimerich para su defensa, pero el peligro para el Norte de Siria creció aun mas, cuando el sultan Masud de Iconio, hijo de Kilidsch Arslan, se adelantó para hacer la guerra y sitió al conde Joscelin en Tell-Baschir. Entonces tomó por fin el jóven rey Balduino una juiciosa determinacion; corrió á prestar auxilio al Norte con numerosas tropas, salió personalmente á campaña contra Nuredin, envió un cuerpo de ejército contra Masud, y al fin consiguió en todas partes hacer una paz aceptable y honrosa. Sin embargo, en el próximo año de 1150 fué hecho prisionero el conde Joscelin por unas hordas de turcomanos á excitacion de Nuredin, y cuando despues, los seldyucidas penetraron de nuevo en el territorio cristiano, no se decidió Balduino á intervenir seriamente por segunda vez en favor de las comarcas amenazadas. Es cierto que fué de nuevo á Antioquia; pero cuando en esta ciudad le ofreció el emperador Manuel, por conducto de sus embajadores, que tomase á su cargo la defensa del resto del condado de Edesa contra los enemigos, accedió en seguida á la proposicion; reunió á los habitantes cristianos de aquellas regiones, y en medio de fatigas y peligros los condujo en direccion del Sudoeste hasta el Orontes. En vano le rogaron muchos de sus barones, que les entregase las ciudades y castillos edesanos, pues que por sí solos eran muy suficientes por su energía para defenderlos contra los seldyucidas. En las plazas evacuadas por los musulmanes entraron guarniciones griegas, pero inmediatamente fueron atacadas por Nuredin, y sucumbieron todas en el espacio de pocos meses, de tal modo, que desde aquel momento no quedó ya bajo la dominacion cristiana ni un pie de terreno en la parte Nordeste del principado de Antioquia.

Los años 1149 y 1150 trascurrieron, pues, de la manera mas desastrosa para los Estados cruzados; y no fué quizá lo peor en aquella época, que el príncipe Raimundo fuese derrotado ni muerto, ni que el conde Joscelin fuese hecho prisionero, y su territorio abandonado libremente á los griegos, sino que el rey Balduino se mostrara incapaz de dirigir con energía é inteligencia la solucion de los difíciles problemas que el destino habia puesto entonces en sus manos. El rey era ciertamente un jóven hermoso y bien formado, valiente y diestro en el manejo de las armas, discreto é ilustrado, hasta el punto de que pudo, v. gr., resolver difíciles casos de derecho á satisfaccion de todos. Tampoco le perjudicaba mucho su gran aficion al juego y á las mujeres, por lo menos

en los primeros años de su juventud; pero lo que llegó á ser pernicioso para su gobierno fué que carecia completamente de verdadero sentido y penetracion para ser el campeon avanzado de toda la cristiandad en Oriente, como era á la sazón su deber.

En el año 1150 se vió esto bien á las claras y de un modo lastimoso en los asuntos interiores de los Estados cruzados; pues Balduino estaba en discordia con su madre Melisenda, la cual se hallaba aun al frente del gobierno hierosolimitano, y no queria entregar á su hijo, tan pronto como este lo deseaba, el poder que habia ejercido desde la muerte de su marido Fulco. Aumentóse entre ambos la disidencia, porque la reina concedia toda su confianza á un favorito, pariente suyo, llamado Manasés, á quien habia nombrado condestable del reino, mientras que Balduino se abandonaba por entero



El rey Balduino III en marcha. Facsimile tomado del códice *De passage in Terram Sanctam* (Venecia)

en manos de los enemigos de este favorito. Tras odiosas contiendas se ideó el mas desgraciado medio de conciliacion, pues dividieron el territorio de Jerusalem en cuatro grandes porciones, dos de las cuales recibió para sí el jóven rey, á saber, las provincias de Tiro y Akkon, quedándose su madre con las otras dos de Neapolis y Jerusalem. La cizaña aumentó naturalmente con esta particion, porque las dos mitades del reino consideraron como una gran molestia los límites arbitrariamente establecidos entre ellas. Al poco tiempo reunió Balduino á sus caballeros en son de guerra, obligó al condestable á salir del país y sitió á su propia madre en el castillo de David en Jerusalem, hasta que esta prometió abandonar por lo menos la ciudad santa y contentarse con Neapolis. Con esto terminó la abominable guerra, y quedó asegurada en lo esencial la soberanía de Balduino en el reino; pero los tristes resultados de estos disturbios se dejaron sentir aun por mucho tiempo de un modo ostensible.

Casi tan mal andaban las cosas entonces en Antioquia y Trípoli en lo tocante á prosperidad y paz, pues allí aunque procedian en mutua inteligencia la jóven princesa viuda Constanza y el patriarca Aimerich, aquella rehusaba obstinadamente todas las proposiciones que se le hacian para que contrajese segundo matrimonio. Negó su mano á los mas encopetados caballeros franceses, que precisamente se hallaban en Siria, y estaban muy dispuestos á fortalecer el débil poder de Antioquia con sus excelentes espadas; y no hacia esto en manera alguna por invencible repugnancia á contraer un segundo matrimonio, sino únicamente con la mira de conservar todo el tiempo posible su independencia y la de su aliado el patriarca, libres de la intervencion de ajenas voluntades. Al mismo tiempo en Trípoli el conde Raimundo y la condesa Hodierna, hermana de Melisenda, aunque estaban casados hacia años, y habian tenido dos hijos, un niño y una niña, riñeron tan violentamente que hicieron temer que se disolviese su matrimonio. Para reconciliarlos, y á la vez para quebrantar los arrogantes humos de la princesa de Antioquia, fué á Trípoli el rey Balduino y citó tambien á

su madre y á Constanza para dicha ciudad. Pero el resultado de este paso no correspondió ni con mucho á las esperanzas que se debieron abrigar. Constanza persistió en rechazar á los esposos que se la propusieron, y Hodierna pidió que se la permitiese abandonar á Trípoli y volver con su hermana á Neapolis. Mas apenas las princesas reunidas habian salido para Antioquia y Neapolis, cuando el conde Raimundo que iba á caballo fué asesinado al pasar por la puerta de su capital. Dijose que los asesinos (haschichin) habian ejecutado tan infame acto; pero quedó completamente en tinieblas quién habia dirigido sobre el soberano cristiano los puñales de aquellos fanáticos, que hasta entonces solo se habian empleado contra los mahometanos ortodoxos. Hodierna tomó las riendas del gobierno de Trípoli por sus hijos menores (Raimundo y Melisenda), y en Antioquia, poco tiempo despues (1153) se resolvió Constanza pronta y secretamente á contraer por segunda vez matrimonio. Mas no eligió su esposo entre los grandes de Occidente que hubieran podido servir de apoyo á su vacilante Estado, sino que se dejó deslumbrar por la hermosa figura y audaz corazon de un caballero relativamente insignificante, llamado Reynaldo de Chatillon. De este modo elevó al trono á un hombre, que despues debía alcanzar la mas fatal importancia para Antioquia y aun mas para Jerusalem, y cuyo mal carácter se manifestó del modo mas escandaloso apenas obtuvo la mano de la princesa. Sea que le incitasen las riquezas del patriarca Aimerich, sea que le ofendiese el alto puesto que este habia ocupado hasta entonces en el poder, es lo cierto que inició contra él una odiosa lucha, le redujo á prision, y mandó exponer al anciano prelado con la cabeza descubierta y untada de miel en un caluroso día de verano á los abrasadores rayos del sol de Siria, y á las picaduras de las moscas y avispas. Verdad es que le devolvió la libertad en vista de un enérgico mensaje que le mandó Balduino para disuadirle de su infame accion, pero el patriarca abandonó á Antioquia muy enfermo, y pasó el resto de sus dias en el reino de Jerusalem.

Cuando tales actos ejecutaban los príncipes cristianos en el Oriente, no es de extrañar que el estado moral de los súbditos empeorase tambien rápidamente. Los caballeros sanjuanistas y el patriarca, juntamente con los obispos de Jerusalem, sostenian fuertes contiendas de un modo indecoroso, viéndolo y oyéndolo todo el pueblo, acerca de la extension de sus respectivos privilegios. El patriarca marchó por fin á Italia á ver al papa Adriano IV, pero no halló en él el ansiado apoyo, porque, segun parece, en Roma se veian con recelo los conatos de independencia de los prelados sirios. La arrogancia de los sanjuanistas, que, aparte de esto, parece que habian jugado el mas odioso papel en esta contienda, creció mas aun desde entonces. Al mismo tiempo los templarios infamaron su nombre con la mas ignominiosa traicion. Habian cogido prisionero á un noble egipcio, Nasireddin, el cual habia huido de su patria para librarse de sus enemigos, y le trataron durante algun tiempo con benevolencia y amistad porque el prisionero se inclinaba al cristianismo. Mas cuando les ofrecieron 60,000 escudos por la entrega de Nasireddin, no se avergonzaron de tomar el dinero y poner al desgraciado á disposicion de sus verdugos.

A pesar de esta corrupcion mostraban los cristianos casi siempre el antiguo valor heroico cuando llegaban á las manos con los enemigos de la Cruz. En el otoño de 1152 el emir Timurtasch de Mardin, hijo del en otro tiempo tan temible para ellos, Ilghazi, tuvo la temeridad de atacar en el centro de su territorio á los cruzados, que despues de la evacuacion de Edesa y entretenidos en sus interiores discordias, no podian serle peligrosos, y tuvo que expiar cruelmente tal lige-

reza. Verdad es que al frente de un gran ejército de turcomanos atravesó desde el Norte hasta Jerusalem y acampó en el monte Olivete, pero allí le envolvió una seccion de los caballeros de Balduino, los cuales despues de causarle innumerables bajas, le obligaron á emprender una precipitada huida, y en ella su ejército fué completamente destruido por otras tropas reales, que le atacaron por retaguardia desde Neapolis. Esta victoria animó al rey y á los suyos á salir de nuevo á pelear contra los infieles. En poco tiempo construyeron los hierosolimitanos una fortaleza en las ruinas de la antigua Gaza, al Sur de Ascalon, desde la cual los caballeros templarios tenian en jaque á los egipcios mas aun que antes, y esto sugirió luego á los cristianos el pensamiento de atacar la gran fortaleza maritima, única que aun les desafiaba, la fuerte y rica ciudad de Ascalon. A fines del año 1152 avanzaron hasta las puertas de la ciudad, por el momento, solo con la idea de devastar la comarca, mas como los enemigos en manera alguna les opusiesen resistencia, comenzaron á atacar la fortaleza. Al principio, á pesar de todo su ardimiento no alcanzaron ventaja alguna digna de mencion durante varios meses. Despues de haber llegado por Pascua de Resurreccion á los puertos sirios un gran número de barcos cargados de peregrinos, noruegos en su mayor parte, segun parece, lograron estrechar mas de cerca á los sitiados por mar y tierra. A principios de agosto arrastraron una gran torre de sitio hasta ponerla cerca de las obras de defensa del enemigo; los ascalonitas trataron de incendiarla, pero cambiando el viento bruscamente, se volvió el fuego contra ellos é hizo tan gran destrozo en sus fortificaciones, que se arruinó un gran lienzo de muralla. En seguida los cristianos dieron el asalto por la brecha, siendo los primeros los templarios, los cuales, tan pronto como una buena parte de los suyos penetró en la ciudad, impidieron el acceso de las demás tropas, para apoderarse solos del inmenso botin. Cuando los sitiados se enteraron de que no habia entre ellos mas que unos pocos enemigos, los pasaron á cuchillo, y cerraron la brecha con maderos que reunieron á toda prisa. Los cristianos, tan llenos de entusiasmo poco antes, cayeron despues de este fracaso en profundo abatimiento, y no sin gran trabajo se animaron á continuar el sitio merced á las consideraciones que les hicieron los sacerdotes que acompañaban al ejército. Pero al fin debian recibir la recompensa de su constancia. Los sitiados, despues de tres dias de lucha para defender la brecha, se atrevieron á salir con grandes fuerzas á campo raso, y sufrieron tan terrible derrota, que lo mismo á las tropas que á los paisanos de la fortaleza les faltó el ánimo para prolongar la resistencia. En seguida empezaron las negociaciones: la guarnicion entregó la ciudad á condicion de que se la dejase salir libremente, y el 12 de agosto entraron los vencedores en solemne procesion en la plaza conquistada.

El triunfo fué grande: la orgullosa ciudad que ostentaba el sobrenombre de «Novia de la Siria» fué al fin vencida; la feliz nueva cundió triunfante entre los pueblos del Occidente. Sin embargo, esta victoria llevaba envuelto en su mas íntimo seno una desgracia mucho mayor; pues Ascalon habia sido inofensiva para los cristianos desde larga fecha; se habian perdido inútil é irreparablemente mucho dinero, mucho tiempo y muchas fuerzas ante los muros de esta fortaleza; y esta falta mas adelante habia de ser castigada del modo mas cruel.

Hasta entonces el reino de Jerusalem habia sido apoyado y tolerado contra Nuredin por el emirato de Damasco, porque entre ambos existian otra vez amistosas relaciones durante la última época; pero ya no gobernaba en Damasco el prudente visir Anar, sino un príncipe improvisador y débil, el emir Mudschireddin. Además los súbditos habian llegado á